



CAPÍTULO 4

LA ADOLESCENCIA EN EL NUEVO ESCENARIO SOCIAL DE AMÉRICA LATINA



CAPÍTULO 4

LA ADOLESCENCIA EN EL NUEVO ESCENARIO SOCIAL DE AMÉRICA LATINA

Son muchos los hechos desde los cuales se puede sostener que hoy, comparada con lo que fue hace dos o tres décadas atrás, América Latina es otra. Se podría ahondar en múltiples aspectos de la dinámica económica, social y cultural de los países de la región como un modo de ir poniendo en evidencia la profundidad de los cambios que está atravesando la región, el modo en que se está transformando. Entre ellos podríamos mencionarse, desde el punto de vista económico, los cambios estructurales que resultaron de las reformas orientadas a lograr un modo específico de integración de las economías regionales en el proceso de globalización. En el panorama social, el aumento de las desigualdades, la crisis de los mecanismos tradicionales de cohesión, el debilitamiento del mundo del trabajo como espacio de integración y las nuevas formas de articulación en el espacio de los procesos sociales. Desde el punto de vista cultural puede mencionarse, a modo de ejemplo, la coexistencia de las nuevas tecnologías en los consumos diarios con una revalorización de las culturas originarias de la región, en un entramado de hipermodernidad y tradición que enriquece ampliamente el escenario regional. Todos estos factores operan e interactúan de diferente modo en cada escenario, a lo largo del territorio, dando lugar a espacios sumamente novedosos en los que tiene cabida la vida cotidiana de los ciudadanos.

Lo que se percibe en las aulas es que los adolescentes que nacen y se socializan en estos nuevos escenarios son inevitablemente diferentes. Lo son por su condición de adolescentes en esta nueva realidad, por ejemplo, sus consumos culturales, sus modos de socialización o su relación con los medios. Pero, además, son diferentes por nacer en escenarios atravesados por nuevas dinámicas a las que están expuestos no solo ellos, sino el conjunto de la sociedad.





Tres fenómenos, que tienen un gran impacto en la relación de los sistemas educativos con los adolescentes, son expresión de este nuevo escenario regional. El primero de ellos es la redefinición de los escenarios rurales que resulta del proceso de hibridación que se produce por la creciente interacción con los ámbitos urbanos. La adolescencia rural tiene puntos de contacto y diferencias con sus pares urbanos. Entre sus particularidades se observa que las relaciones familiares son más patriarcales que las urbanas, la dominación sobre las mujeres es persistente, se producen precozmente conflictos generacionales de tipo distributivo por la cuestión de la tierra y hay una temprana inserción laboral en las unidades familiares. Así, los adolescentes rurales están atravesados por tensiones propias de su entorno, diferentes a las que se les presentan a los que habitan las ciudades: la presión por el trabajo, las tensiones identitarias entre lo local y lo global, entre la decisión de permanecer y la de migrar, están presentes todo el tiempo en la economía temporal de sus decisiones. En contraposición, se ha abandonado la imagen de identidades rurales muy diferenciadas ya que la hibridación, producto de la difusión de las comunicaciones y de la incesante movilidad rural-urbana, determina más puntos en común con sus pares urbanos que lo que sucedía en el pasado, con un mundo de experiencia más inmóvil y aislado. En relación con la educación se esboza también una situación compleja: en la América Latina rural es donde más se avanzó en cobertura del sistema en el transcurso de los últimos 15 años pero, al mismo tiempo, es donde todavía perduran los grupos más críticos de excluidos del sistema. Es por ello que conocer a los adolescentes que provienen de esos escenarios constituye hoy una prioridad relevante.

En segundo lugar, un tema que atraviesa al conjunto de la región y que tiene un gran impacto en el modo en que las nuevas generaciones pueden concebir un proyecto de vida hacia el futuro es el de las migraciones. América Latina ha estado marcada históricamente por una fuerte movilidad poblacional en diversos sentidos. No obstante, cabe suponer que de modo directo e indirecto la migración está operando de forma novedosa sobre la adolescencia de la región. En primer lugar, ciertos países de América Central, sobre todo México, Ecuador y Colombia, funcionan como opciones abiertas para nuevas migraciones en un futuro próximo, en particular rumbo a los Estados Unidos. En segundo lugar, como se sabe, el peso de las remesas para el bienestar de los hogares y de las comunidades se ha vuelto un factor fundamental en muchos países de la región. La presencia real en la vida cotidiana de situaciones relacionadas con experiencias migratorias hace posible una relación imaginaria con el mundo –y, por lo tanto, con el lugar de origen– muy diferente, y que impacta significativamente en las representaciones de las nuevas generaciones.

Por último, un tema que últimamente llama la atención de la opinión pública se relaciona con la violencia y sus cambios de magnitud y naturaleza. En este terreno, sin rehuir las claras amenazas que se plantean, es preciso escapar de los pronósticos apocalípticos, tan errados como peligrosos políticamente. América Latina es el escenario de una nueva experiencia cultural respecto de la relación que la adolescencia y la juventud mantienen con la muerte y la violencia. No se trata solo de un incremento de los hechos violentos, sino de una creciente sensibilidad frente a la inseguridad y la violencia, propia del período histórico que se vive de modo similar en todo el mundo. Han aumentado las tasas de temor y de preocupación por el delito, incluso entre los adolescentes y los jóvenes, algo que no era así hace tan solo una década. Dado que los adolescentes, sobre todo los mayores, pasan mucho tiempo en el espacio público y por ello suelen ser víctimas frecuentes de delitos, ya están incluyendo en sus “mapas cognitivos” para moverse en la ciudad, formas de gestión simbólica y real ante la inseguridad. Esto implica que parte de la educación y la socialización de un adolescente pasa por saber a dónde ir y a dónde no ir, cómo reconocer a alguien “amenazante”, qué hacer frente a determinadas situaciones riesgosas o cuando ya han acaecido. Ninguna de estas formas de gestión de la inseguridad pondera los riesgos de acuerdo con su probabilidad real: se trata de una preocupación que, por ejemplo, no advierte la importancia de los accidentes de tránsito a pesar de su alta prevalencia. Es una construcción basada en datos reales, pero su incidencia y persistencia magnifican el diagnóstico, lo hacen omnipresente y, en la hipérbole de la urgencia, lo presentan como causa.

Con la expansión educativa, empiezan a darse cita grupos de jóvenes con pautas culturales diversas, distintas a las del pasado, en parte por pertenecer a nuevas generaciones y en parte por pertenecer a grupos socioculturales antes excluidos del sistema escolar. Una de las innovaciones culturales que esto conlleva es la emergencia de usos de la corporalidad que implican una pluralidad de concepciones y conducen a discordancias entre docentes, estudiantes y autoridades sobre los límites de la violencia escolar y, más aún, sobre qué es violencia, hasta discutir si esta es legítima dentro y fuera de la escuela en determinadas situaciones. Todo esto está generando un cuestionamiento de hecho de las formas de convivencia escolar y de resolución de conflictos; problema sin duda importante, pero que no se deja englobar y menos resolver en la simple formulación de que, actualmente, existen en la sociedad “adolescentes violentos”.

EL RECONOCIMIENTO DE LA ADOLESCENCIA CONTEMPORÁNEA Y LA CALIDAD DE LA EDUCACIÓN

DINA KRAUSKOPF*

Reconocer la adolescencia como una etapa crucial del desarrollo humano permite abandonar la imprecisión de considerarla como una transición. La extensión cada vez mayor de la fase juvenil (adolescencia y juventud) dinamiza el reclamo de las personas jóvenes para legitimar este período de sus vidas como válido en sí mismo. Algunos conceptos que inciden en la calidad de la educación serán revisados en este marco que reconoce, por un lado, la existencia de importantes diversidades en las identidades juveniles y, por otro lado, que la adolescencia es el período en que se produce con mayor intensidad la interacción entre las tendencias individuales, las adquisiciones psicosociales, las metas socialmente disponibles y las fortalezas y desventajas del entorno.

LA EDUCACIÓN ENFRENTA NUEVOS CONTEXTOS JUVENILES

En la sociedad actual, en que la expectativa de vida ha crecido, la relación entre lo global y lo local se ha modificado, y las trayectorias de vida se han vuelto más complejas, han aparecido insumos insospechados y nuevos problemas, y el correr del tiempo ha transformado las respuestas que la ampliación de la etapa juvenil requiere de la puesta a prueba de los recursos que las culturas ofrecen para el manejo competente de la vida independiente y para el desarrollo colectivo. La velocidad de los cambios genera incertidumbre sobre el futuro, y los proyectos de vida y el sentido del presente resultan de central importancia para

proyectarse hacia adelante. La polarización socioeconómica agudiza los impactos diferenciales en la incorporación de los nuevos códigos e instrumentos para el desarrollo de los adolescentes y se incrementan las inequidades, cuyo reconocimiento, más la incertidumbre actual y la rápida obsolescencia de los recursos de avance cognitivo y social, conducen a replantear los enfoques y las interacciones del proceso educativo.

La calidad que la sociedad demanda a la educación incluye ir más allá de las paredes de la escuela, esto es, abrirse a las muchas realidades que viven los adolescentes, reconocer sus ámbitos y fuentes extraescolares de conocimiento, el valor de trayectorias de vida como la de un adolescente proveedor en una familia en condiciones de subsistencia, la interculturalidad, la solidaridad en la convivencia, etc. La apertura de oportunidades amplía los campos de experiencia, permite al adolescente contar con credenciales para una inserción exitosa y ofrece metas que motivan a dejar de lado soluciones falsas, inmediatistas y riesgosas.

LA CALIDAD DE LA EDUCACIÓN EN EL DESARROLLO DE LAS IDENTIDADES JUVENILES

La educación tiene un papel muy importante en la formación del capital humano y cultural, y en la elaboración de la identidad y del sentido de la vida. La construcción de la identidad es un imperativo del desarrollo personal y

* Consultora Internacional en Políticas de Juventud, investigadora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales de Chile.

social. En épocas de cambios vertiginosos, los adolescentes deben enfrentar disyuntivas e insumos muy diversos para aprender a reconocerse; las condiciones del mundo moderno demandan una brújula interna. La identidad ya no se construye en la postergación de la inserción social sino en la participación en la toma de decisiones y la anticipación de consecuencias. Esto implica nuevos enfoques en los procesos educativos.

Las propuestas de homogeneidad en educación aumentan la discriminación de oportunidades porque desconocen la diversidad de identidades, aportes juveniles y condiciones de vida; introducen distancias culturales que marginan, descalifican y afectan la apropiación del conocimiento, y minan la confianza en la capacidad de los niños y adolescentes pobres, mujeres jóvenes, indígenas y jóvenes rurales. Universalización del acceso al conocimiento no es lo mismo que universalidad del sistema educativo. La calidad de la educación demanda precisar el concepto de universalidad, pues, de lo contrario, puede volverse paradójicamente contrario a sus fines.

LA CALIDAD EN LAS RELACIONES INTERGENERACIONALES

La velocidad del cambio influye en las relaciones entre jóvenes y adultos, y crea códigos distantes entre ambas generaciones. Las juventudes contemporáneas establecen nuevas relaciones con las generaciones mayores y abandonan la lucha tradicional por el poder adulto, que consideran una característica de tiempos pasados. Las confrontaciones y conflictos responden más bien a cosmovisiones diferentes o a necesidades de individuación que emergen durante la fase juvenil. El no reconocimiento de las subjetividades adolescentes es factor de numerosos conflictos y agravamiento de problemas.

Los estudiantes no aceptan posiciones intocables, se sienten bloqueados o desesperanzados ante ellas.

Para los jóvenes, la democracia en las relaciones es un valor necesario que hay que cultivar para el desarrollo de la calidad de la educación.

El respeto y la escucha mutua facilitan la interlocución constructiva con los adultos, necesaria para la incorporación en la sociedad moderna. Los jóvenes demandan al medio adulto una reorganización de esquemas psicosociales que incluye el establecimiento de nuevos modelos de autoridad y estrategias de formación innovadoras. El enfoque de derechos da nuevas perspectivas a la protección de los adultos y reconoce que los adolescentes tienen capacidades, responsabilidades y derechos para intervenir como protagonistas de su presente, contribuir en el mejoramiento de su calidad de vida y participar en el desarrollo de la sociedad.

LA ENTRADA EN ESCENA DE LA ADOLESCENCIA RURAL

Marcando un punto de inflexión respecto de su escasa presencia en los debates académicos y políticos, los jóvenes rurales han comenzado a hacerse más visibles en los últimos años a lo largo y a lo ancho de América Latina. ¿Por qué su invisibilización pasada? En parte, porque la sociología agraria clásica sostenía que la modernización iría contrayendo el espacio rural hasta su virtual desaparición, por lo cual el destino indefectible de los jóvenes sería la migración; se suponía también que el mundo rural no permitía la “moratoria social”, ese tiempo de espera definitivo de la juventud y la adolescencia; que la juventud rural era débil como actor social específico y su protagonismo como “problema social”, escaso, a diferencia de lo que históricamente sucede con las diversas franjas de la juventud urbana. Conjugados, estos factores llevaron a que la adolescencia y la juventud rural no fueran objeto de preocupación por parte del Estado ni de las políticas públicas. Esta ausencia de protagonismo está terminando, lo cual se debe al peso que ganan las nuevas generaciones en los movimientos sociales rurales y al impacto de las veloces transformaciones producidas por la demanda creciente de materia prima en el mundo.

Desde el punto de vista educativo, en el ámbito de la escuela secundaria, el mundo rural también fue un gran ausente. Son recientes y escasos los esfuerzos realizados por ofrecer una educación secundaria de calidad a estas poblaciones, y aún hoy es habitual que los adolescentes deban migrar a las zonas urbanas más cercanas para poder continuar sus estudios una vez finalizado el nivel primario, con el impacto que ello tiene en la cotidianeidad de sus familias. El desafío de universalizar la educación secundaria lleva inevitablemente a avanzar sobre los espacios rurales, posicionando a los sistemas educativos en la necesidad de interactuar con un universo de adolescentes que se mantuvieron hasta ahora en la invisibilidad y de integrar en sus programas de estudio los contenidos específicos y cambiantes del mundo rural.

Entre sus particularidades sociodemográficas, el sector rural mantiene su alta fertilidad tradicional y, por ende, hay más miembros por hogar que en otros sectores, lo cual lleva a una mayor presión demográfica que puede ser motivo de migración o mayor demanda sobre el sistema educativo. Esto ocurre sobre todo en los países con menor grado de desarrollo. Así, al compararse los hogares rurales con los hogares urbanos, las familias rurales de los países del grupo 4, los menos desarrollados, presentan el mayor número promedio de miembros por hogar (5,1) de todos los grupos de países. A pesar de la persistencia de esta pauta demográfica, las relaciones familiares están atravesando una época de transición, fuente de conflictos distributivos entre generaciones. El eje de la tensión es que el ciclo económico de la unidad familiar está tradicionalmente subordinado a los designios del jefe, y la fase de mayor potencial para la explotación familiar coincide con la etapa juvenil de los hijos, momento en que suman su aporte a la fuerza de trabajo. Pero también se trata, al fin de cuentas, del inicio de las demandas de independencia, etapa en que el deseo de autonomía de los jóvenes entra en contradicción con la posibilidad de ayudar al jefe de la familia a aumentar el bienestar económico del hogar. Si bien se trata de un problema tradicional, la transición que atraviesan hoy las comunidades rurales estaría agudizando la tensión entre padres e hijos, tensión que se manifiesta en etapas cada vez más tempranas, desde la adolescencia.

A pesar de este proceso de transición, perdura una situación particularmente desventajosa para las mujeres en el mundo rural. En efecto, las mujeres de ambientes rurales suelen estar sobrecargadas de trabajo, tanto en el campo como en el ámbito



doméstico, pero su aporte no se valora; son además las que sufren mayores restricciones para salir del hogar, tanto para actividades de ocio como para buscar oportunidades laborales. En su ciclo de vida se desdibuja la consabida “moratoria social” propia de la juventud actual, ya que desde la niñez enfrentan intensas labores domésticas; frecuentemente, muchas devienen madres en la adolescencia temprana y carecen de información sobre anticoncepción y prevención de enfermedades de transmisión sexual.

En el plano laboral, la situación de los adolescentes y los jóvenes rurales difiere significativamente de la de sus pares urbanos. En el capítulo 2 se ha señalado la tasa de ocupación de los adolescentes rurales, en particular la de los varones de 16 a 17 años, y los alcances del trabajo no remunerado. El factor rural como predictor de inserción laboral temprana es más fuerte en los países con menor grado de desarrollo: en ellos, la proporción de adolescentes activos en las áreas rurales es casi el doble que en las áreas urbanas. También la probabilidad de trabajar en el sector informal y ser un asalariado precario es, con excepción de los países del Cono Sur, mucho más alta en las áreas rurales que en las urbanas.

Estos datos, como los que provienen de investigaciones de índole cualitativa, concuerdan en que la población rural tiene un contacto más próximo y temprano con el mundo del trabajo que la población urbana. Estos trabajos están, en la mayoría de los casos, vinculados con la agricultura familiar, lo que explica la existencia de muchos trabajadores no remunerados. Pero esta situación de ocupación temprana no debe ocultar un tema que interpela de lleno a la educación: la competencia y la tecnificación de la producción han generado la disminución de la demanda de mano de obra rural. Si una de sus consecuencias es la migración, quienes permanecen en las zonas rurales deben optar por las actividades múltiples que combinan el trabajo rural en la finca familiar, muchas veces no remunerado, con ocupaciones distintas. Esta realidad acuciante de menor capacidad de absorción de mano de obra en los enclaves rurales plantea un serio interrogante para la educación rural.

En el plano educativo, se observa desde mediados de la década pasada que, en la mayoría de los países, se ha producido un incremento de la cobertura educativa y de los años de escolaridad promedio en las nuevas generaciones, aunque insuficiente para afrontar los desafíos actuales. El área rural es donde más ha avanzado la cobertura de la educación secundaria en la última década, diez veces más que en la zona urbana. Todos los

perfiles críticos estudiados están sobrerrepresentados en el área rural, como los adolescentes analfabetos, los que tienen el nivel primario incompleto, o aquellos que superan en cuatro o años más la edad que les corresponde para el nivel educativo que cursan. Así, la adolescencia rural concentra el mayor avance de los últimos tiempos de los sistemas escolares, aunque mantiene los núcleos más duros de la exclusión socio-cultural y los mayores déficits en términos de resultados educativos.

Para los sistemas educativos, la ruralidad representa un doble desafío. Uno tiene que ver con una aproximación demográfica al fenómeno. Poblaciones rurales son poblaciones pequeñas, dispersas y, en muchos casos, aisladas, lo que impone una especificidad a la oferta educativa rural. El otro desafío, tal vez menos abordado, es cultural. De acuerdo con una nueva consideración sobre la realidad rural, las identidades de los adolescentes y los jóvenes en dicho ámbito estarían experimentando transformaciones cruciales. Existe hoy un rechazo creciente de la idea tradicional que postulaba la existencia de una identidad rural esencial, totalmente distinta de la urbana. Por el contrario, se reconoce hoy una identidad híbrida, promovida por la influencia de los medios de comunicación y por una mayor interrelación entre las culturas urbana y rural que habrían modificado los patrones clásicos de socialización.

Desde un punto de vista cultural, el límite entre lo urbano y lo rural es sumamente impreciso. Ámbitos tradicionalmente urbanos están hoy atravesados por señales que llegan del espacio rural, especialmente a través de los procesos migratorios. Al mismo tiempo, son escasos los espacios rurales que escapan a la influencia urbana, inevitable a través de las nuevas formas de comunicación, el mayor acceso vial a las ciudades o la creciente dependencia económica y productiva que se da entre ambas esferas. Por último, así como el mundo urbano es heterogéneo, también lo es el rural, no solo entre los distintos países, sino en el interior de cada país de la región.

ADOLESCENCIA Y MIGRACIÓN³

La migración no es un fenómeno nuevo. América Latina ha sido históricamente una región con fuerte movilidad poblacional en diversas direcciones. Los jóvenes fueron siempre uno de los grupos con mayor movilidad, con una diferencia importante entre los adolescentes que viven aún con sus padres y los jóvenes autónomos o con deseos de independencia. A pesar de la dificultad para contar con datos precisos sobre el tema, todos los censos y los trabajos específicos señalan que, a partir de la adolescencia, a menor edad, mayor es la propensión a migrar. Aunque no se trata de un fenómeno nuevo, es necesario analizar sus facetas actuales, la forma en que el fenómeno afecta a los adolescentes y, en tal sentido, el tipo de interrogantes que plantea a la escuela.

Un punto de partida ordenador para el análisis de este fenómeno es hacer referencia a cinco factores clásicos sobre migración juvenil: la migración laboral, más frecuente entre los jóvenes mayores, cuyo objetivo es buscar mejores oportunidades de trabajo; la migración educativa, en general de carácter interno y de corte rural-urbano; la migración nupcial, relacionada con la formación de nuevas parejas; la de tipo emancipatoria, donde la salida de la familia de origen es para la conformar un hogar propio y, por último, la migración familiar, subdividida entre migración de arrastre, que sucede cuando la familia se traslada en conjunto, y la de reencuentro familiar.

3. Este apartado recoge ideas y datos del apartado sobre migración de *La Juventud en Iberoamérica. Tendencias y Urgencias*, CEPAL-OII, Buenos Aires, 2004. Se agradece a sus autores la autorización para su uso. Parte de los datos actualizados fueron provistos por Ernesto Espíndola Advis de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Para la población de América Latina en general, las dos primeras son las causas de movilidad más importantes mientras que, entre jóvenes y adolescentes, son nodales la migración por logro educativo y la del tipo de arrastre o de reencuentro familiar. Además de sus causas, en el análisis es necesario tener en cuenta las diferencias entre la migración nacional e internacional. El centro de la problemática regional de esta última, como se sabe, es la migración hacia Estados Unidos y, en la población migrante, la proporción de jóvenes es muy alta: según el censo norteamericano del 2007, más del 25% de la población residente en ese país y nacida de América Latina y el Caribe se encontraba dentro de la franja de 15 a 29 años; este porcentaje alcanzaba el 30% al tomar a los nacidos en América Central, contra alrededor de un 19% de la población norteamericana nativa.⁴ La migración está implicando un cambio demográfico en Estados Unidos y, para los países expulsores, una pérdida de población joven, en plena edad activa. En segundo lugar, es relevante la migración internacional de carácter intraregional entre países fronterizos o cercanos. Así, por ejemplo, datos del año 2000 mostraban que los inmigrantes de 15 a 29 años provenientes de países limítrofes en Argentina eran 217.316 y en Costa Rica 104.781, dos países tradicionalmente receptores de inmigración.⁵ En tercer lugar, se encuentra la migración ultramarina, donde el polo receptor central es España, que contaba en el año 2007 con 2.017.141 inmigrantes nacidos en América Latina de los cuales más del 40% tenían entre 15 y 29 años (VER LA TABLA 4.1 Y EL GRÁFICO 4.1).⁶

TABLA 4.1
Inmigrantes regionales de 15 a 29 años
por país de residencia, *circa* 2000

PAÍS DE RESIDENCIA	TOTAL	PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN TOTAL
ARGENTINA	217.316	21,3
BOLIVIA	19.858	27,9
BRASIL	21.471	22,0
CHILE	48.885	36,9
COSTA RICA	104.781	38,1
ECUADOR	19.313	26,1
GUATEMALA	11.899	30,6
HONDURAS	4.999	25,4
MÉXICO	22.557	30,0
PANAMÁ	7.120	13,6
PARAGUAY	43.946	28,9
REP. DOMINICANA	31.036	41,0
VENEZUELA	124.108	16,7
TOTAL	418.986	22,8

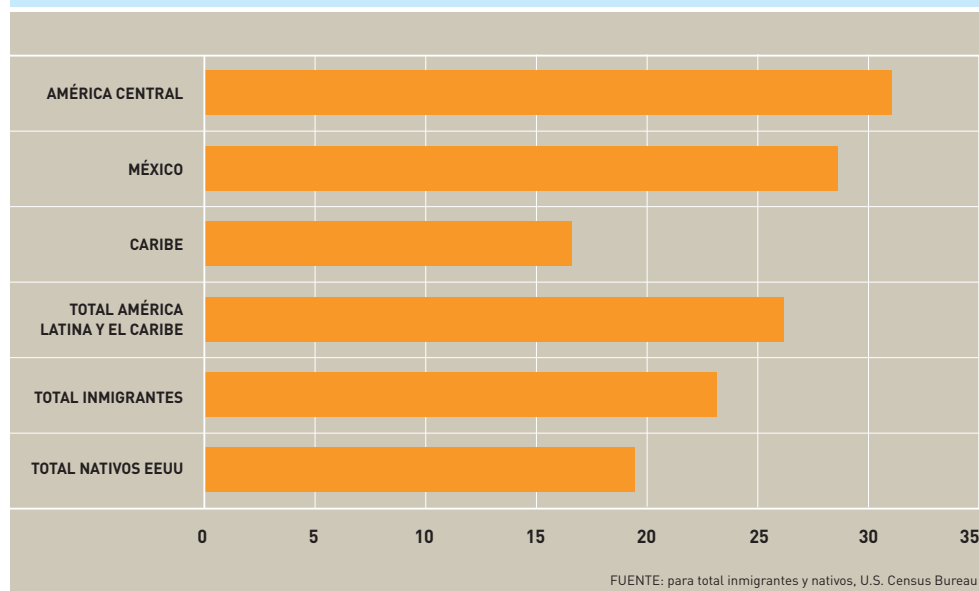
FUENTE: Proyecto IMILA del CELADE

4. Fuente: Total inmigrantes y nativos, U.S. Bureau.

5. Fuente: Proyecto IMILA del CELADE, Gentileza CEPAL-OIJ.

6. Fuente: Padrón Municipal Continuo de Habitantes, 1/01/2007, INE, España. Gentileza CEPAL-OIJ.

GRÁFICO 4.1
Porcentaje de jóvenes de 15 a 29 años en la población
residente en Estados Unidos según país de nacimiento, 2007



Las encuestas de hogares de varios países de la región permiten ponderar la migración interna de los adolescentes. Allí puede apreciarse que una proporción significativa de los adolescentes –que llega a valores cercanos al 30% en algunos grupos– son migrantes provenientes de alguna otra región de su país. Las diferencias entre las formas de medición hacen que, en muchos casos, la noción de migrante interno pueda incluir a personas nacidas en comunas aledañas, pero la movilidad poblacional interna aparece en la adolescencia, muy posiblemente por causas de estudio, de arrastre familiar en menor grado y, entre los jóvenes de mayor edad, por razones laborales. Por otro lado, en la migración internacional, la población masculina es más numerosa mientras que en la migración nacional se registra un predominio femenino por la atracción de nichos de mercado como el empleo doméstico.

El carácter generalizado de los procesos migratorios hace que sus efectos estén presentes en la vida cotidiana de la gran mayoría de los adolescentes, más allá de su experiencia personal. Hoy es un fenómeno que afecta a todos; la opción por cambiar de escenario está en el imaginario colectivo, independientemente de cuán efectiva sea su viabilidad. Un primer aspecto de esta nueva realidad que merece ser destacado es la mayor movilidad de los migrantes, en especial de México y América Central hacia Estados Unidos. El impacto en los adolescentes es importante por el factor de arrastre; también sus familias se ven afectadas por períodos de separación y reagrupamiento. Las migraciones implican profundos cambios en los arreglos familiares (circularidad, reagrupamiento, alejamientos temporales o definitivos) y profundizan el proceso de conformación de nuevas formas de convivencia y formación de núcleos familiares que impactan en las relaciones familiares de los adolescentes, en su subjetividad y su bienestar.

Un segundo aspecto es de tipo económico: las remesas, en particular aquellas enviadas desde Estados Unidos a muchos países de América Central y del Sur, tienen un impacto central en la configuración de los hogares y en las condiciones de vida, particularmente en la capacidad de consumo de los hogares. Hay que considerar las

implicancias que genera en los adolescentes de ciertos países la diferencia de pertenecer a un hogar con acceso a remesas frente a otros sin la ayuda de estos recursos. Esto podría generar un patrón de diferenciación social en relación a las posibilidades de consumo para los adolescentes de sectores populares de varios países. Pero además, esta posibilidad de vivir de un dinero que llega “desde afuera” puede producir una falsa ilusión de hogar subsidiado, de una calidad de vida sin costo visible, un bienestar aparentemente desligado del trabajo. Este factor podría distorsionar el modo en que las nuevas generaciones imaginan el momento en que deban estar a cargo de sus economías domésticas y construir su proyecto de futuro.

Hay un tercer eje de aproximación a los efectos de los procesos migratorios que es de carácter cultural: la mayor movilidad, el auge de las comunicaciones y su abaratamiento unido a revalorizaciones identitarias llevan a la conformación en toda la región –sobre todo en los países receptores de migración local– de formas de identidad que, a diferencia de las tendencias a la asimilación de generaciones anteriores, tienden a revalorizar las culturas de origen. Esto es visible en las comunidades de ciudadanos bolivianos en Argentina, mexicanos en Estados Unidos, nicaragüenses en Costa Rica y de los ciudadanos de diversos países de América Central en México; en los destinos inmigratorios, las nuevas generaciones realizan una valorización y reinención de sus culturas locales de origen. A esto se agregan procesos de hibridación identitaria de jóvenes migrantes extraregionales, como lo muestran estudios sobre jóvenes de origen coreano, chino y japonés en distintos países de la región y, en menor medida, provenientes de países de la ex Unión Soviética y otras naciones del este europeo.

Detrás de estos fenómenos hay una complejidad de procesos migratorios que merece ser destacada. En aquellas regiones expulsoras de población, de las cuales las familias se van en busca de mejores oportunidades, se desdibuja cada vez más el sentimiento de pertenencia a la comunidad, la sensación de formar parte de ella. Allí se percibe un cambio en el modo en que las personas se relacionan con el espacio local, aquel lugar en el que viven, en la medida en que para ellas deja de ser el escenario en el cual diseñar un proyecto de futuro.

El proyecto local es un proyecto basado en el vecindario que permite contar con aquellos con los que se convive. Los incorpora, invita a invertir y construir infraestructura e institucionalidad en el propio escenario que se habita. El proyecto global, en otra ciudad o en otro país es, en cambio, un proyecto individual en el cual cada uno trata de llevarse lo más que puede del contexto en que vive. Los escenarios expulsores son, de este modo, lugares con los que, inevitablemente, en algún momento, quien planea irse debe pelearse como modo de diluir las representaciones o expectativas que sobre ellos se había creado. Los espacios de los cuales las familias intentan irse sufren, de este modo, un cambio en el plano de las subjetividades visible en el modo de imaginar el futuro y, en consecuencia, en un renunciamiento a todo aquello que pudiera retenerlas allí. Sin duda, la pelea necesaria para poder irse deriva habitualmente en la reconciliación implícita que se ve en aquellos emigrantes que añoran e idealizan su tierra de origen.

Por el contrario, en las zonas receptoras de corrientes migratorias es posible observar el crecimiento demográfico sin una planificación ordenada, la estigmatización del migrante y su discriminación, y la reproducción del círculo de la pobreza. En estas comunidades, el migrante queda asociado a la creciente inseguridad, al incremento de la desocupación e incluso a la saturación de los servicios públicos de salud y educación, convirtiéndose así en un otro amenazante que puede desencadenar enfrentamientos entre grupos que coexisten en un mismo espacio social.

Estos cambios en las representaciones relacionadas con el lugar en que se vive y las reconfiguraciones sociales que adquieren connotaciones conflictivas se reflejan, inevitablemente, en las aulas. La desintegración de los hogares, la falta de la figura paterna, materna o ambas y las nuevas reconfiguraciones familiares generadas por la migración son algunos de los factores mencionados habitualmente por los docentes para explicar las mayores dificultades educativas en los niños expuestos a estas situaciones. Se suman, además, aquellos casos de mala alimentación (cuando se esperan las remesas del exterior y estas no llegan) o de niños y jóvenes que quedan al frente del hogar y deben incorporarse el mundo del trabajo, con las importantes consecuencias que esto acarrea en términos de su educación.

Pero la dificultad mayor radica, tal vez, en las nuevas subjetividades que comienzan a configurarse cuando el proyecto migratorio es parte de la vida cotidiana, cuando se nace y se crece con el deseo puesto en irse. En ciertas culturas juveniles, cruzar la frontera y volver ya forma parte de los rituales de iniciación, es una forma de ganar prestigio en el grupo. Da la sensación de que el fenómeno migratorio se origina primero como producto de un modelo de exclusión pero luego se institucionaliza, deviene cultural y ya nadie se cuestiona sobre él; comienza a formar parte del universo simbólico de la comunidad.

Ciertos interrogantes se plantean entre quienes educan en escuelas ubicadas tanto en zonas expulsoras como en zonas receptoras de migrantes: ¿a quiénes están educando?, ¿a quiénes forman las escuelas de los contextos expulsores? Hay quienes señalan que la mayoría de los jóvenes terminan la secundaria, pero terminan y se van. En otros casos, los niños o adolescentes suelen irse antes de llegar a la secundaria. Pero, en ambos casos, en última instancia, esas escuelas educan para irse. ¿A quiénes están educando las escuelas de los contextos receptores? Las escuelas enfrentan el riesgo de que la educación institucional pueda convertirse para los inmigrantes y, especialmente, para sus hijos, en un medio de desarraigo de su propia cultura. En consecuencia, los docentes se ven frente a la responsabilidad de evitar que la integración social y política no suponga un menoscabo o una renuncia a la cultura originaria de los alumnos.

En un caso o en el otro, la presencia que tiene actualmente la cuestión migratoria en la vida diaria de los sectores más postergados se refleja en la dinámica de las escuelas y es un factor que no puede pasar inadvertido cuando surge la pregunta sobre quiénes son los alumnos a los que hay que educar, qué expectativas tienen, qué esperan de la educación, y cómo se debe establecer un diálogo y una comunicación que permita que su paso por la escuela sea una oportunidad de aprendizaje y crecimiento. Para las escuelas, queda el desafío de transitar el camino que lleva desde administrar los procesos migratorios, que desestabilizan y desestructuran las prácticas educativas, hasta integrarlos como experiencia enriquecedora en el proceso de formación de los nuevos ciudadanos.

VIOLENCIAS Y MUERTES VIOLENTAS: UN CAMBIO EN LA EXPERIENCIA CULTURAL JUVENIL LATINOAMERICANA

Otro tema que gana espacio en los últimos tiempos es la relación entre violencias de diverso tipo. Muerte y juventud es un tópico que aparece casi a diario en la opinión pública de América Latina. Las rúbricas son variadas: los delitos cuyas víctimas y victimarios son los jóvenes, la pandemia del VIH-Sida, la mortalidad por causas externas y, en relación con la escuela, las manifestaciones de violencia escolar. Cada problemática tiene una alta carga emocional y la violencia juvenil, en los medios, en las

representaciones de la cultura popular y en la voz y letra de no pocos académicos, suele ser considerada un indicador de la crisis social o moral devastadora de esta época en general y de América Latina en particular.

Así las cosas, demasiado rápidamente se concluye que la actual es una época de exacerbación de la violencia y de las juventudes violentas. Ahora bien, ¿qué hacer y decir frente a esta proliferación de imágenes, discursos y profecías impregnadas de un tinte casi apocalíptico? Es difícil sostener afirmaciones que denuncian un incremento de la violencia, en sociedades históricamente atravesadas por diversas formas de violencia, desde sus orígenes hasta sus recientes dictaduras, guerras civiles o violentos conflictos internos que sufrieron tantos países de la región.

En los últimos tiempos, en América Latina, se percibe como una nueva experiencia cultural la relación de los jóvenes con la violencia y la muerte. Esto implica cambios en las causas de mortalidad y en las formas mismas de la violencia pero, especialmente, en el incremento de la sensibilidad frente a toda forma de inseguridad y violencia, propia de este período histórico en todo el mundo. Esta creciente sensibilidad explicaría, en parte, la centralidad que el tema adquiere en el espacio público. En efecto, visto en una temporalidad larga, a medida que las sociedades se vuelven más seguras en términos generales –menos hambrunas y guerras, extensión de la esperanza de vida–, la sensibilidad es mayor y resultan menos aceptables la violencia y la inseguridad. Se habla de experiencia cultural porque se incluyen hechos sociales prediscursivos, pero también relatos y afectividades colectivas que no necesariamente coinciden o son representaciones de tales hechos.

Una primera dificultad que surge en torno a esta problemática es el diagnóstico. ¿Cómo hacer un balance equilibrado entre datos fácticos e imaginarios colectivos, entre lo que perdura y lo nuevo, entre diferencias por países y por grupos? El tema de la violencia en América Latina está más presente, y la violencia y la muerte violenta



forman parte de las temáticas que preocupan a quienes se ocupan de los jóvenes y, en algunos grupos sociales o países, a los jóvenes mismos.

Una mirada que abarca cierta temporalidad revela ciertos cambios que se iniciaron durante las décadas de 1980 y 1990 con la aparición del VIH-Sida –enfermedad que implica muerte y morbilidad juvenil–, con el incremento de homicidios y, en algunos países, por la persistencia o agudización de conflictos internos violentos. Los datos son, sin duda, preocupantes cuando se los mira comparativamente, en particular si se consideran –como habitualmente se hace– la adolescencia y la juventud en general (15 a 29 años). El *Informe de Juventud* de CEPAL-OIJ (2004) muestra que la morbilidad y la mortalidad de los jóvenes tienen escasa visibilidad, pocos datos precisos y poca presencia en las políticas públicas, dado que sus probabilidades de muerte y enfermedad son menores a las de otros grupos etarios. Sin embargo, se trata de preconcepciones sobre su situación que no se condicen con la realidad puesto que existe un conjunto de fenómenos sociales y culturales que contrapesan sus ventajas vitales. Así, por ejemplo, mientras la tasa de mortalidad de los jóvenes españoles de 15 a 29 años es de 49 por cada 100 mil, el promedio latinoamericano lo duplica con creces, con 134, y ningún país de nuestra región tomado individualmente se le acerca.

La desigualdad, como es de prever, muestra aquí también una de sus caras. Tal como señala dicho Informe, la disponibilidad de recursos diferenciales tiene su impacto en las posibilidades de prevenir y curar enfermedades. Un hecho que incide enormemente es la rápida expansión del VIH-Sida y, en particular, la creciente vulnerabilidad de las mujeres jóvenes a esta enfermedad, sobre todo en los países más pobres y en los sectores de menores ingresos. Además, existen riesgos considerables, cuya magnitud real no es fácil de captar, en relación al abuso de drogas, a la prostitución y al tráfico de personas.

Una pregunta de difícil respuesta que se plantea es en qué medida las acciones violentas y autodestructivas expresan, en ciertos grupos, la falta de oportunidades y de recursos. Se trata de un interrogante a tener en cuenta para pensar la violencia en su dimensión tanto instrumental como expresiva, así como al enfocarla como un tema de salud pública. Desde esta última perspectiva, el tema central son las muertes violentas por causas externas, es decir homicidios, suicidios y accidentes, que constituyen la principal causa de muerte en la adolescencia en la mayor parte de los países.

Hacia fines de la década de 1990 se observaba una tendencia decreciente en la mortalidad por causas externas, tanto en la población total como entre jóvenes y adolescentes;⁷ solo Brasil y Colombia expresaban la tendencia contraria. Los países con mayores tasas de mortalidad por causas externas –tanto en adolescentes como en jóvenes– son, al comienzo de esta década, por orden decreciente: Colombia, El Salvador, Venezuela y Puerto Rico. Entre ellas, el primer lugar lo tienen los accidentes de tránsito. A los accidentes le seguían como causa de muerte los homicidios, tanto en la franja de 15 a 19 años como en la de 20 a 24, con variaciones de posición en cada país. Estos países se siguen manteniendo entre los cinco primeros; también se registra un aumento de los homicidios jóvenes en los últimos años. Durante la década de 1990, en diez países se observaba un incremento del número de homicidios en adolescentes y jóvenes. En la franja de 15 a 19 años, los países con mayores tasas de homicidios eran, en forma decreciente, Colombia, El Salvador, Puerto Rico, Venezuela y Brasil. Del total de homicidios en la región, alrededor del 30% corresponden a la jóvenes de 15 a 24 años, un porcentaje

7. Yunes, J. y Zubarew, T. "Mortalidad por Causas Violentas en Adolescentes y Jóvenes: Un desafío para la Región de las Américas", en *Revista Brasileña de Epidemiología*, Vol. 2, N° 3, 1999. 102-135.

mucho mayor que en los países centrales. La mortalidad por suicidio era a comienzo del milenio un problema creciente en Cuba, Trinidad Tobago, Argentina y El Salvador, así como, fuera de la región pero en el continente, en Canadá y Estados Unidos.

Los datos anteriores se refieren a estudios de la década pasada. Sobre el nuevo milenio los datos más novedosos tienen una limitación, y es que abarcan la franja 15 a 29 años, lo cual no permite una comparación exhaustiva con lo señalado en el párrafo anterior, pero al menos permite tener una idea aproximada de la situación. Adoptando una perspectiva de mediano plazo, es posible detectar e intentar prevenir problemas que podrán tener en el futuro los adolescentes y niños de hoy. Así, los datos de los últimos años proporcionados por CEPAL marcan para dieciséis países de la región una tasa de 141 por cada 100.000 adolescentes varones y 19 mujeres muertos por causa violenta, lo cual es un número sumamente alto en términos internacionales. Para tener una idea comparativa del peso del problema en la actualidad, si se compara América Latina con España en el grupo de 15 a 29 años, la tasa de mortalidad de hombres cada 100.000 personas es 190 en América Latina y 73 en España y, en mujeres, 57 y 26, respectivamente. Al desagregar por causas se revela que, en enfermedades transmisibles, las tasas son 12 contra 2 en hombres y 7 contra 1 en mujeres; y en causas externas, 141 contra 50 en hombres y 19 contra 12 en mujeres. La primera diferencia evidente es la victimización de los varones y la necesidad de trabajar sobre género, masculinidad y violencia desde una perspectiva amplia. Si se observan los datos en conjunto, la primera causa general de muerte entre los jóvenes son los homicidios, con una tasa de 68; siguen los accidentes, con 30 y, por último, los suicidios, con 10. Entre las mujeres, los valores son: accidentes, 6; homicidios, 5 y suicidios, 3. Considerando la población masculina solamente, hay grandes diferencias por países. En el extremo superior se sitúan Venezuela con 271, luego El Salvador con 242, Colombia con 228 y Brasil con un 173. En el extremo inferior se encuentran Perú con 45, Cuba con 55 y Costa Rica con 60. El resto de los países ocupan lugares intermedios, con tasas por debajo de 100. Posiblemente, al estar agregados adolescentes y jóvenes, los homicidios tengan un peso mayor y es dable pensar que entre los adolescentes sean más importantes los accidentes de tránsito; de todos modos, es un tema central a ser estudiado. En la mayoría de los países, los homicidios son la causa principal, con excepción de Chile, Costa Rica, México, Perú, Uruguay y Cuba. A partir de esto se observan dos cuestiones: la diferencia fundamental es la victimización juvenil y, si bien es necesario todavía desagregar los datos entre adolescentes y jóvenes, la tendencia creciente de los homicidios es un tema a tomar en cuenta de forma urgente (VER LA TABLA 4.2).



LOS DIALECTOS DE LA VIOLENCIA

ROSSANA REGUILLO*

“Los jóvenes” no es una categoría universal capaz de contener, describir, dar forma a la enorme diversidad de experiencias y asimetrías a través de las cuales los jóvenes concretos construyen sus biografías. Pese a la expansión del mundo globalizado, a la interacción creciente entre diversas regiones del planeta, los jóvenes están lejos de representar un todo homogéneo. En América Latina, existe actualmente una gran diversidad de problemas y realidades juveniles que de manera esquemática articulan cuatro formas generales (y no puras) de la condición juvenil:

* Los “inviabiles”, es decir, aquellos jóvenes que carecen de cualquier tipo de inserción social y que abundan en México, en Guatemala, en Nicaragua y El Salvador. Una juventud precarizada que vive en contextos con altos niveles de violencia.

* Los “asimilados” a los llamados mercados flexibles, es decir, los que han asumido las condiciones del mercado y que aceptan las lógicas y mecanismos a su alcance para incorporarse a las dimensiones productivas de la sociedad, aunque ello no represente alternativas reales para salir de la pobreza o acceder a adecuados niveles de bienestar.

* Un tercer núcleo, nada desestimable, es el de los sectores denominados “paralegales”. Se trata de jóvenes que han decidido hacer una opción por el narcotráfico, el crimen organizado o la piratería, como forma de acceso y afirmación social.

* Finalmente, hay un circuito de jóvenes en zonas de privilegio, conectados al mundo, con amplio capital social y cultural.

Para los tres primeros tipos aquí aludidos, uno de los problemas más acuciantes es el de las reducidas posibilidades de acceso a la escuela, al empleo, a la salud y, en general, al bienestar. Una juventud precarizada y al mismo tiempo desencantada con respecto al futuro. La violencia juvenil emerge en la interfaz de estos dos procesos: precarización y desencanto. Según el más reciente informe de la OPS (2007), en el 2002, el 41% de los jóvenes entre 15 y 29 años de edad en América Latina y el Caribe, vivían en pobreza, y el 15% en pobreza extrema; lo que en mediciones de la CEPAL (2004) se traduce en 58 millones de jóvenes pobres en la región. Distintos instrumentos tanto cuantitativos como cualitativos documentan la profunda desconfianza y descrédito juvenil en torno a las instituciones, de la escuela a los partidos políticos. Hay una erosión creciente en los imaginarios de futuro de las nuevas generaciones que deben lidiar con sus propias biografías en contextos de creciente exclusión. En este sentido, resulta preocupante el repliegue social del Estado y el crecimiento y endurecimiento de su faz punitiva. Parecería que, desde las políticas públicas, la respuesta al espiral de violencia que sacude los territorios juveniles sea la política de mano dura, que contribuye a la reproducción sin fin de los lenguajes de la violencia.

*Antropóloga mexicana, coordinadora del Programa de Investigación en Estudios Socioculturales del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente de la Universidad Jesuita de Guadalajara.

TABLA 4.2
Tasa de mortalidad de las
personas de 15 a 29 años
por sexo y causa de muerte

VARONES												
PAÍS	TOTAL DE CAUSAS	ENFERMEDADES TRANSMISIBLES		ENFERMEDADES DEGENERATIVAS			CAUSAS EXTERNAS				CAUSAS MAL DEFINIDAS	OTRAS CAUSAS
		TOTAL	VIH/SIDA	TOTAL	TUMORES	APARATO CIRCULATORIO	TOTAL	HOMICIDIOS	SUICIDIOS	ACCIDENTES TRANSPORTE TERRESTRE		
ARGENTINA (2004)	117	7	2	15	9	6	81	17	19	16	4	540
BRASIL (2004)	225	11	4	14	7	7	173	97	8	39	12	3.915
CHILE (2004)	103	4	3	12	9	4	72	15	22	20	2	219
COLOMBIA (2004)	269	12	6	14	8	6	228	159	12	26	3	712
COSTA RICA (2004)	100	4	2	16	11	5	66	13	14	24	1	76
CUBA (2005)	85	5	2	12	7	4	55	14	10	16	2	126
ECUADOR (2005)	203	22	10	22	9	13	131	55	16	32	10	335
EL SALVADOR (2005)	309	17	8	11	7	5	242	176	16	32	11	287
HAITÍ (2003)	35	10	3	2	0	2	7	4	0	1	13	35
MÉXICO (2005)	150	12	6	17	11	7	94	23	11	33	1	3.366
NICARAGUA (2005)	145	7	2	9	5	4	68	23	15	13	1	479
PANAMÁ (2004)	139	20	15	13	8	6	90	36	12	26	6	47
PARAGUAY (2004)	131	10	3	10	5	5	96	43	9	19	7	64
PERÚ (2000)	102	21	7	12	7	5	45	3	2	10	8	622
REPÚBLICA DOMINICANA (2004)	139	14	6	10	5	6	99	17	3	30	4	135
URUGUAY (2004)	115	8	6	15	9	6	73	11	23	17	4	55
VENEZUELA (2004)	316	13	6	15	9	6	271	112	9	37	0	580
TOTAL AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES)	190	12	5	14	8	6	141	68	10	30	7	11.593
ESPAÑA (2004)	73	2	1	11	7	4	50	2	9	27	3	342
PORTUGAL (2003)	107	12	10	15	9	6	63	2	7	40	7	102

MUJERES

TOTAL DE CAUSAS	ENFERMEDADES TRANSMISIBLES		ENFERMEDADES DEGENERATIVAS				CAUSAS EXTERNAS						
	TOTAL	VIH/SIDA	TOTAL	TUMORES	APARATO CIRCULATORIO	EMBARAZO PARTO Y PUERPERIO	AFECCIONES ORIGINADAS EN EL PERIODO PERINATAL	TOTAL	HOMICIDIOS	SUICIDIOS	ACCIDENTES TRANSPORTE TERRESTRE	CAUSAS MAL DEFINIDAS	OTRAS CAUSAS
47	5	2	10	7	4	3	0	17	2	5	5	3	9
59	7	3	11	6	5	4	0	20	7	2	8	5	11
36	2	0	11	7	4	1	0	14	1	5	5	1	8
63	6	3	11	7	4	5	0	28	13	5	6	2	11
38	2	1	12	8	4	2	0	13	3	2	5	1	9
47	2	0	12	9	4	2	0	17	4	5	6	1	14
76	9	2	14	7	7	4	0	25	4	9	6	8	16
75	8	4	10	7	3	1	0	34	18	8	5	5	16
35	11	4	7	1	6	4	0	2	1	0	0	8	3
55	5	2	11	8	4	5	0	17	3	3	7	1	16
56	5	1	7	4	3	5	0	13	2	6	2	1	26
60	11	6	12	9	3	3	0	16	2	5	6	4	13
67	8	2	10	6	4	9	0	26	3	5	6	4	8
57	11	2	10	6	4	3	0	14	1	1	3	6	13
53	13	8	8	4	4	4	0	15	2	1	5	4	9
48	4	2	10	8	3	1	0	19	3	6	6	4	10
66	6	2	13	9	4	5	0	28	6	3	11	0	14
57	7	2	11	7	4	4	0	19	5	3	6	3	12
26	1	0	6	5	2	0	0	12	1	2	7	1	5
41	5	3	0	7	4	0	0	15	1	2	9	3	17

FUENTE: BASE DE DATOS OMS 2007, CELADE-DIVISIÓN DE POBLACIÓN DE LA CEPAL Y DIVISIÓN DE POBLACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

La muerte joven, en todas sus facetas, tiene múltiples impactos sociales. En el imaginario, tiene el impacto de casi un tabú social, como el de todo aquello que violenta el orden natural del ciclo vital. Para una mirada desde la salud pública, se evalúa el cúmulo enorme de años de vida perdidos y del costo económico que esto implica. Sociocultural y políticamente, es un hecho que genera reacciones colectivas y muchas veces escándalos políticos, sobre todo determinadas causas de muerte y según sea el sector afectado; cuando se trata de violencia policial, crímenes, muerte por falta de cuidados adecuados o en accidentes de diverso tipo, es el indicador de un déficit enorme de ciudadanía: una menor probabilidad, para grupos de jóvenes, de esperanza de vida promedio en sus sociedades.

Pero, además de las muertes, existe una cantidad mayor y menos visible de secuelas de violencia. Según la Organización Mundial de la Salud, por cada niño y adolescente que muere de una lesión traumática, hay 15 que quedan severamente afectados y otros 30 o 40 que registran daños que requieren de cuidados médicos, psicológicos o de rehabilitación. Hay otras formas de violencia sobre los adolescentes, pocas veces contabilizadas, como abuso y acoso sexual y emocional, ataque verbal y otras formas de violencia psicológica. Pero los jóvenes también entran en las crónicas, en las representaciones populares y en las cifras en el lugar de victimarios de delitos: maras, pandillas, rodeos y otras denominaciones de bandas juveniles violentas pueblan las crónicas diarias. La cuestión suscita innumerables debates en la actualidad. Sin embargo, no hay que olvidar que la preocupación por los grupos de jóvenes varones provenientes de sectores populares estuvo siempre entre las preocupaciones de las ciencias sociales, y su forma estuvo ligada a las preocupaciones de cada época. En algún momento preocupó la violencia política; en otro, la de tipo anómico, causada por el debilitamiento de las comunidades tradicionales, a veces ligada a contraculturas, etc.

Las encuestas de distintos países permiten un acercamiento al lugar de los jóvenes en tanto víctimas y victimarios. Por ejemplo, en Guatemala, un dato interesante desde el punto de vista de los victimarios de algún delito, es que el 21,1% de las agresiones corresponden a la acción de las maras. En Argentina, el 9% de las víctimas de homicidios dolosos en el año 2003 eran menores de 18 años. También en 2003, de las personas inculpadas por hurtos, excluido el de automotores, el 88% eran hombres; el 25% eran menores de 18 años y el 22% tenían entre 18 y 21 años. Datos de distintos países corroboran la mayor victimización de adolescentes y jóvenes así como su presencia importante en determinados delitos.

El debate actual destaca el aparente aumento del número de jóvenes, cada vez de menor edad, implicados en distintos delitos y, por consiguiente, el incremento de su judicialización y formas de privación de la libertad. No hay consenso al respecto: para algunos, se trata de un proceso de estigmatización y de encarnizamiento contra los jóvenes de sectores populares así como una focalización y persecución desmedida del pequeño delito urbano; para otros, que no niegan las causas estructurales, hay ciertamente una mayor presencia de los jóvenes en el delito y la violencia. Ambas posiciones pueden tener razón; lo cierto es que en casi todos los países de la región se registra una creciente presencia de jóvenes a partir de los 15 años en delitos contra la propiedad y también como víctimas.

A la hora de analizar la relación entre violencia y escuela, no puede negarse el peso que tiene en la opinión pública la preocupación por la violencia escolar. La discusión es compleja y hay múltiples factores intervinientes, entre ellos la percepción generalizada de que hay un incremento del problema. Cabe pensar que ciertas nociones

muy difundidas en los últimos años como el acoso escolar (*bullying*), que para algunos es el emergente de la creciente violencia y puede ser considerado como una noción que nombra bajo una nueva categoría política y moral comportamientos que siempre existieron y frente a los cuales había tiempo atrás una mayor tolerancia a pesar de la gravedad que tuvo siempre para aquellos que la sufren.

De todos modos, debería considerarse que las escuelas secundarias contaron históricamente con recursos para mantener la violencia fuera de sus aulas, al no convocar ni admitir a aquellos que podrían generar actos de este tipo, y pudiendo expulsar a aquellos que resultaban violentos. Hoy, como parte del proceso de universalización de la educación media, los violentos pueden entrar al aula, y los sistemas educativos tienen la obligación de tratar con ellos. Ello implica un doble desafío. Uno es de índole curricular: cómo convertir a la no violencia en objeto de aprendizaje, en un tema a ser trabajado con los adolescentes de modo que lleve a una reflexión sobre prácticas que, en muchos contextos, están sumamente naturalizadas. Otro es pedagógico, y consiste en saber cómo educar en contextos atravesados por la violencia, cómo interactuar con estos alumnos.

El riesgo es que, como respuesta a la violencia que puedan acercar los alumnos a las aulas, se desarrollen nuevas formas de violencia institucional desde los propios establecimientos educativos. Es visible el esfuerzo que realizan muchas escuelas por neutralizar la creciente –y, para ellas, inmanejable– diversidad de su alumnado, mediante mecanismos encubiertos de selección o a través de señales que invitan a que estos terminen adquiriendo un comportamiento y una identidad que no les es propia. Tales mecanismos suelen ser vividos por los alumnos como expresión de una incapacidad de las escuelas de interactuar con ellos y, consecuentemente, como una solución violenta ante la imposibilidad de un diálogo constructivo. ■

